

LA JAULA

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

Julio 2009

PERSONAJE: Leona Vicario

Vestuario de época.

Durante la obra, como fondo se puede escuchar música de esa época, o bien sonidos de guerra. La única pieza completa será el vals que baila Leona.

Para lograr efectos más modernos en una pantalla colocada en el escenario del lado derecho se pueden proyectar imágenes de los héroes de la Independencia, de los lugares físicos dónde esta ocurrió como puede ser Guanajuato, Oaxaca y lo que se vaya nombrando. Pero no es indispensable.

Al iniciarse la obra vemos a Leona que se arregla el cabello frente a un espejo. Sonríe. Se dirige a proscenio para hablar directamente con alguien del público. Es una mujer sin una edad definida, firme, segura de sí misma, altiva y bella. Usa joyas de buena calidad aunque escasas. Destacan unos aretes y un collar de granates.

LEONA: (*A un espectador*) ¿ A qué viniste a México?, le pregunté a mi padre. A hacer dinero, contestó. Él no se andaba por las ramas, nada de que vino por ver mundo o en busca de aventuras. El vino a lo que vino y lo logró. Se hizo rico. Bueno, nos hizo ricos a todos los de la familia. A mi madre originaria de Toluca y a mí. ¿Por qué me pusieron tantos nombres tan feos?, le pregunté en otra ocasión. Por qué quise y además no son feos. ¿María de la Soledad Leona Camila Vicario Fernández de San Salvador no son feos? Debo decir que siempre fui contestataria, cosa que molestaba mucho a mi padre y divertía a mi madre. No lo son, repetía él, son nombres de mi tierra, peor es el nombre del hermano de tu madre, Agustín Pomposo, ese sí que es feo. Y sí que lo era. Creo que lo de pomposo se debió a que desde muy chico le gustaba ponerse pantalones apretados que hacían que su pompas se vieran más grandes de lo que eran. Por supuesto que esto no lo dije en la familia. Una jovencita refiriéndose a las pompas de los señores: ¡Nunca! Pero sí me reía cuando se las veía, nunca al natural, por supuesto.

¿Qué recuerdo de ellos, de mi padre y mi madre? No mucho, que se llevaban bien, que peleaban por lo que pelean los matrimonios: por los gastos, por los horarios, por una pizca de celos, por...Por nada fatal, siempre cosas común y corrientes. A mí me educaron igual que a todas las niñas de mi clase social: aprendí a cocinar, a bordar, a tocar un instrumento, a bailar valeses y polkas, a decir poemas, a ir a misa, a sonrojarme cuando me veían los hombres. Lo normal.

Muy joven, demasiado, quedé huérfana. Una plaga o lo que fuera se los llevó a los dos en pocos días. Yo fui con todo y mis llantos a dar a casa de don Agustín Pomposo. Y no solamente yo sino también todas mis pertenencias: dinero, propiedades, todo. De un mundo español, el de mi padre, pasé a uno mexicano, el de mi tío. Ya no comería tortilla española, de huevo y papas, sino tortillas mexicanas de maíz. En lugar de rediez

escucharía la palabra carajo. En cuanto a educación siguió siendo la misma. Las mujeres sólo servíamos para rezar, tejer, cocinar y ser agradables a los hombres. Yo lo era, por qué no decirlo. Me encantaba reír, cantar, recitar, bailar y sobre todo sonreír. Los hombres decían que mi sonrisa era mejor que cualquier amanecer, que los iluminaba. Y yo, por supuesto, volvía a sonreír después de oírlos.

(Se acerca a alguien del público) ¿ Qué cómo fue mi juventud? ¿Cómo era yo? Físicamente era llenita, nunca pude ser delgada, además eso no se usaba; no fea, de grandes ojos negros y sobre todo simpática. Al menos eso decían de mí todos los que se atrevían, que no eran muchos. A las muchachas con cultura y con dinero no era fácil que los jóvenes se acercaran. Y sí, yo era culta. Leí mucho, sobre todo libros religiosos, políticos, históricos y alguna novela. Amaba la música y sobre todo la pintura. En mi casa colgué varios cuadros pintados por mí, de familiares, autorretratos y vírgenes. Me encantan las vírgenes. En eso también soy bilingüe, si es que se puede decir así. Soy bilingüe en gustos, sentimientos y cultura. Hablo francés y español, pero tengo gustos españoles y mexicanos. En cuanto a las vírgenes no me quedo en una sola como la mayoría, yo le rezo a la Guadalupana, en primer lugar, pero también en ese primer lugar a la de los Remedios. Empatadas las dos. A mí me hubiera gustado llamarme Guadalupe Remedios o Remedios Guadalupe. Suenan bien de las dos formas. Tengo más de un cuadro de cada una pintados por mí y alabados por muchos. También hice dibujos por si alguno quiere saberlo.

De la música me gustaba toda, la clásica, la religiosa, la popular, pero sobre todo la que se bailaba. Fui, lo confieso, mala para bailar pero lo hacía con muchas ganas, sobre todo cuando estaba sola en mi cuarto. Abrazaba a mi almohada que era muy larga convirtiéndola en mi galán y a darle: Durante horas danzaba de un lado a otro. Sé que estoy exagerando,

no pudieron ser horas pero sí muchos minutos. (*Suspira. Toma una almohada y baila un vals con ella que debe durar al menos tres minutos. Lo debe hacer con mucha emoción, gozando mucho. Al terminar arroja la almohada y ríe*) Menos mal que nadie me vio hacerlo, al menos eso creo. De ser así me hubieran tildado de loca. Loca me decían por todo: por hablar en voz alta, por tratar bien a la servidumbre, por ir a curar enfermos, por no hacerle caso a los muchachos ricos que me visitaban, por preocuparme de lo que pasaba en mi país. Muchacha loca, me decían, deje eso a los hombres y usted dedíquese a lo que debe.

(*Se dirige a otro del público*) ¿Qué si era yo romántica? Por supuesto que sí, qué joven no es romántica, romántica y tonta. Yo me enamoraba hasta del jardinero o del vendedor de flores. Hablo de los dos porque soy apasionada de ellas. Por mí mi cuarto estaría siempre lleno de margaritas, azucenas, rosas, claveles, hortensias...Ya ve que sí soy romántica. También amaba y amo la poesía. ¿Mi autor preferido? Bueno, no autor, es autora. Por supuesto que es mi amada Sor Juana Inés de la Cruz. ¿Quiere que le diga uno de sus versos? No, no mueva la cabeza diciendo que no pues de cualquier modo lo voy a hacer. Cuando la recito siento que todo mi ser se limpia por dentro, que soy otra, como que me elevo a otro plano de la vida. Ahí le va. Se titula “Pues estoy condenada”, de seguro usted ya lo conoce.

PUES ESTOY CONDENADA

”Pues estoy condenada,
Fabio, a la muerte, por decreto tuyo,
y la sentencia airada
ni la apelo, resisto ni la huyo,
óyeme, que no hay reo tan culpado

a quien el confesar le sea negado.
Porque te han informado,
dices, de que mi pecho te ha ofendido,
me has, fiero, condenado.
¿Y pueden, en tu pecho endurecido
más la noticia incierta, que no es ciencia,
que de tantas verdades la experiencia?
Si a otros crédito has dado,
Fabio, ¿por qué a tus ojos se lo niegas,
y el sentido trocado
de la ley, al cordel mi cuello entregas,
pues liberal me amplías los rigores
y avaro me restringes los favores?
Si a otros ojos he visto,
mátenme, Fabio, tus airados ojos;
si a otro cariño asisto,
asístanme implacables tus enojos;
y si otro amor del tuyo me divierte,
tú, que has sido mi vida, me des muerte.
Si a otro, alegre, he mirado,
nunca alegre me mires ni te vea;
si le hablé con agrado,
eterno desagrado en ti posea;
y si otro amor inquieta mi sentido,
sáqueseme el alma tú, que mi alma has sido.
Mas, supuesto que muero,
sin resistir a mi infeliz suerte,
que me des sólo quiero
licencia de que escoja yo mi muerte;

deja la muerte a mi elección medida,
pues en la tuya pongo yo la vida.”

¿Bello, verdad? Yo también soy celosa, se lo digo desde ahora. (*Se acerca a otro asistente al teatro*) ¿Defectos? Pero qué indiscretos son ustedes. A nadie le gusta decir en público sus defectos, esos los tenemos bien escondidos. Pero le voy a decir uno. Amaba la comodidad. Desde niña me acostumbraron a ella. Teníamos en la casa una enorme servidumbre: cocinera, planchadora, lavandera, recamarera, jardinero, chofer, nana, ama de llaves y para qué seguir. Cuando murieron mis padres y al irme a vivir con mi tío no me llevé nada de la casa pues decían que me podía contagiar pero sí me llevé a toda la servidumbre. Servidumbre a la que no se le pagaba casi nada, que muchos de ellos se conformaban con que se les diera comida y habitación, y no habitación particular sino compartida entre muchos. Decir esto me da mucha pena. Yo que luché por la independencia y la justicia estaba cometiendo lo contrario en mi propia casa. Pasaron muchos años para que me diera cuenta de esto, antes era lo natural. Una familia como la mía debe tener servidumbre. Nada de preguntarse si estas personas estaban bien pagadas, si necesitaban algo, si al menos podían pagar los doctores cuando los necesitaran. El que no servía para afuera. Era la ley de la época. Repito que me he arrepentido toda mi vida de eso.

Y basta de preguntas. Al rato van a querer saber con qué pie me levanto o el color de mi ropa interior. Y no quiero ser grosera al no responder. Mejor les voy platicando mi vida que es a lo que vinieron ¿o no es así?

La pregunta que esperaba desde el principio, la más usual es sobre los amores. ¿Tuvo usted muchos? ¿A quién quiso más? ¿Quintana Roo fue su único amor? Y de este tenor todas las demás. Les daré gusto. Antes de venir me dije que no iba a aceptar preguntas sobre eso, que es algo muy

particular y la verdad que no lo es. Si las mujeres somos lo que somos es debido a nuestros amores, de lo bien o mal que nos fue en ellos, de la intensidad, de la aceptación o el rechazo. Las mujeres nacimos para amar, los hombres no. Nosotros amamos a nuestros padres, a nuestra casa, a la familia, a nuestros animales, a los compañeros de escuela, a los profesores, a nuestra ciudad, a nuestra patria, a la naturaleza y para qué seguir. Amamos todo. Enamorarnos es otra cosa. Es a alguien a quien amamos más un plus. Las mujeres de seguro me entienden. Ese plus tiene que ver mucho con la atracción física y con muchas otras cosas: belleza, cultura, compromiso, religión, simpatía, fuerza. A muchos hombres he amado, casi a todos los que se me ponían frente a mis ojos: el maestro de música, el tendero, el capellán, el profesor de primaria, de secundaria y todos los demás, el médico que veía a toda la familia, al modisto que nos hacía los vestidos aunque él creo que gustaba de los hombres y no de las mujeres.

Mi primer enamoramiento fue con un español, se llamaba Octaviano Obregón. Qué cejas, qué pelambre en sus brazos, parecía un gorila, que dientes tan blancos. Era rubio, alto, bello de verdad. Bailaba muy bien y platicaba mejor. Era un apasionado de la poesía y para conquistarme me recitaba una y otra. Con todas yo lloraba o suspiraba. Lo reconozco, era muy cursi y quizás lo siga siendo. Me derrapé por él como se dice popularmente. Me derrapé, me derretí, me puse de cabeza, me volví loca y todo lo que ustedes gusten. Imagínense la emoción cuando fue a pedirme para matrimonio. El mundo se me hacía chiquito. Todo cambió, el cielo era más azul, las frutas tenían un sabor más dulce, los pájaros cantaban para mí sola, los atardeceres se ponían rojos de vergüenza de mis pensamientos. Y sí, ese hombre me gustaba por eso, por hombre. Un hombrezote, o al menos yo así lo veía. Mi tío lo aceptó y también todas mis amistades. Iba a ser mi boda la boda del siglo. Ya me veía yo con mi vestido blanco caminando en la Catedral mientras un enorme coro decía Aleluya, Aleluya.

María, la recamarera, que era muy pícara se reía cuando le decía yo todo eso. Cuando llegaba a eso del Aleluya ella decía: aleluya, aleluya que cada quien agarre la suya. Yo me enojaba y me reía después.

Andrés era todo lo contrario de Octaviano. Ni era guapo ni me decía poemas ni tenía tanto pelo, además era muy serio, demasiado. ¿Por qué me enamoré de él? Por sus pensamientos. Sí, por eso aunque ustedes no lo crean. Me encantaba lo que me relataba sobre todo cuando se refería al cambio que debía tener México. Algo sospechaba yo de lo mal que andaba el país pero nunca como me lo hizo entender Andrés. La mayoría del pueblo era explotada por los españoles o los criollos, miles morían de hambre, en especial los niños, otros morían en las minas, en el campo, en las ciudades. La primera vez que me dijo que había que derrocar a los representantes de España casi me desmayo del susto. Muchos de esos representantes eran mis familiares, mis amigos o los amigos de mi familia.

Si no me caso con Octaviano no me caso con nadie, es más, si no me caso con él me voy a morir. Y no me casé ni me morí. Él tuvo que regresar a España y allá de seguro encontró alguna otra menos apasionada que yo, el caso que no volvió nunca. De lo que se perdió.

Y sí, a Octaviano siguió Andrés. Tenía yo veinte años cuando lo vi en el despacho de mi tío. Se llama Andrés Quintana Roo, lo presentó y va a trabajar como asistente mío. Mucho gusto, contesté yo, aunque lo que pensé es: Andresito no se me escapa como el otro. Me gustó desde el primer momento. Y ahí me asusté mucho. Me asusté de mí misma. No es posible Leona que apenas hace cinco minutos llorabas por Octaviano y ahora ya lo olvidaste y quieres conquistar a otro. ¡Eres bárbara!

Y sí, hice todo lo posible e imposible para conquistarlo. Meses y meses me tomó como lo que yo era, la hija de su jefe. Sí me platicaba de todo y sí me hacía caso, pero no como yo quería. Le hice pasteles, le llevé galletitas hechas por la cocinera pero que yo le dije que las hice yo misma,

le enseñé mis pinturas, le canté, bailé con él. Sólo se entusiasmaba cuando hablábamos de la política y eso terminé por hacer todo el tiempo, primero porque era lo que a él entusiasmaba y segundo porque también a mí me entusiasmó. Tan me entusiasmó que dejé de pensar que lo estaba conquistando y fue cuando cayó redondito. Era ya justo, ya habían pasado dos años de cuando lo conocí. Me dijo que si estaría bien que pidiera mi mano. Le dije que podía pedir más, me reí y le dije que por supuesto. Y ahí va con mi tutor. ¿Y qué creen? Que le dicen que no, que yo estaba comprometida con un español llamado Octaviano. Por supuesto no me dejaron hablar para decir que ya no éramos nada ese hombre y yo. Y no fue cierto que no permitieron el matrimonio con Andrés por este motivo, qué va. Fue el pretexto. La realidad que mi tío era bien realista, no por ver la realidad sino por apoyar a los reyes españoles, y no soportaba el que Quintana Roo apoyara a los insurgentes. Es más, me prohibió volver a hablar con él. Nunca lo hubiera hecho. ¿Ah, no? Pues fíjate que sí lo voy a ver y me voy a casar con él. ¿Cómo te quedó el ojo tiito mío? Todo esto no se lo dije, capaz que me hubiera matado pero sí lo pensé y posteriormente lleve a cabo. Y con esto me estoy adelantando a mi relato y eso no está bien según me dijo mi profesor de literatura, pero ni modo. Esa fue la realidad. Yo hice el berrinche de mi vida: lloré, pateé, grité, dejé de comer, me encerré en mi cuarto, amenacé con irme a otro lado. Inútil todo. Mi tío era de una sola palabra y esa fue ¡No!

Otro detalle que esgrimió mi tío para no dejarme casar con Andrés, que éste era pobre. Si él era pobre yo era rica y con lo mío podíamos vivir no sólo los dos sino toda una familia grande. Esa vez pensé para qué diablos me sirve mi dinero. Después lo supe. Para ayudar a la Independencia de México.

Andrés, muy digno, dejó de trabajar con mi tío cuando le negó mi mano. Ya no lo podía ver todos los días y poco tiempo lo dejé de ver

totalmente pues se fue a Tlalpujahuja para unirse a Ignacio López Rayón. Corría el año de 1811. Ya Hidalgo había iniciado el movimiento en Dolores el año anterior. Calleja se convirtió en su enemigo personal.

El primero, Octaviano, se me fue a España, ahora el segundo, Andrés, se iba a Michoacán. Sólo que a éste no lo solté. Él llevaba un hilo de amor que lo ataba a mí y que no lo podía cortar con nada.

Fue cuando inicié mi correspondencia que jamás terminó. En las primeras cartas le escribía lo que escribe cualquier mujer enamorada abandonada por el amante. Le decía lo que me hacía falta, lo que sufría pensando en él, recordaba los momentos en que caminábamos en la Alameda o asistíamos a beber una taza de chocolate en los restaurantes de la ciudad. Hablaba mal de mi tío y le pedía que regresara lo más pronto posible pues de otro modo iba yo a morir irremediabilmente.

Dos, tres y hasta cinco cartas diciendo lo mismo bastan y sobran. Imposible seguir con el dolor, la ausencia, la oscuridad. Fue cuando empecé a contarle los chismes de la ciudad y sobre todo los chismes políticos. En realidad no eran chismes, eran nuestra realidad. Le contaba lo que hacían o pensaban los realistas, lo que iban logrando los enemigos de estos. Cuando menos me di cuenta ya estaba haciendo un trabajo útil para los rebeldes. Eso me entusiasmó enormemente, olvidé mi frustrada boda y dediqué todas mis fuerzas a buscar información para poder enviarla. Ellos a su vez me enviaban la suya.

Y no, no bastaban sólo las palabras. Estas eran muy útiles pero faltaba la otra parte, la material, en resumen dinero. Dinero para comprar o mandar a hacer armas, dinero para trasladarse de un lado a otro, dinero para comer. Dinero que es el dios de muchos y la maldición de otros. Yo lo tenía. No demasiado, ojalá y así hubiera sido, pero sí suficiente para ayudar. Se lo pedí a mi tío, me preguntó que para qué lo quería. Le dije que era mío. El contestó que él tenía la custodia y que sólo lo soltaría cuando

estuviera justificado. Empecé a vender mis joyas, algunas muy valiosas. Sólo me quedé con los aretes y este collar de granates que pertenecieron a mi abuela y después a mi madre. Todo lo demás desapareció en manos de traficantes y usureros.

Lo principal para una lucha como la que se estaba organizando además de los hombres son las armas. Mandé dinero a Tlalpujahuá para que se fundieran bronce y todo tipo de metales para hacer rifles, cañones, pistolas. Balas también. Ellos hacían hasta diez cañones de fusil por día. Posteriormente hicieron también monedas, monedas ya de la independencia en oro y plata. A mí me mandaron una de cada una que guardo como uno de mis tesoros principales.

Mi tío por supuesto me descubrió, no era nada tonto. Preguntó por mis joyas. Tuve que mentir, decirle que las regalé para ayudar a unas monjas en su labor asistencial. No me creyó totalmente pero pasó la mentira. Al menos por un tiempo. Sin darme yo cuenta puso a personas a vigilarme. Y ya no era el dinero sino la correspondencia que mandaba y recibía lo que lo inquietaron. Yo ya no sólo escribía a Andrés sino a muchos insurgentes en distintos lugares de la República donde les informaba de movimientos del ejército, de medidas que se habían tomado en contra de ellos, de armamentos que adquiriría el ejército realista. Cartas iban y cartas venían. Imposible ocultarlas.

Andrés al llegar a Michoacán se unió a López Rayón. Ya sé que ya lo dije antes, pero no que este último estableció la Junta Soberana del movimiento insurgente. No había llegado Andrés cuando ya tenía el encargo de publicar el Seminario Patriótico americano. Y a Quintana Roo se unieron sus amigos Manuel Fernández y José Ignacio Aguado.

Ya no podía enviar las cartas al correo yo misma y menos ir a depositarlas. ¿Quién piensan que me ayudó entonces? Un simple arriero, Don Mariano Salazar. Con él no sólo envié correspondencia sino también

dinero, armas, pertrechos, víveres y ropa. Un hombre del pueblo que luchaba calladamente sabiendo que podrían matarlo en cualquier momento.

La situación en la casa era ya insostenible, mi tío sospechaba de todo y de todos, cada día su trato para conmigo era más duro, yo me sentía, y lo era, una prisionera. Y no era sólo él sino toda la sociedad que yo frecuentaba y para acabarla de amolar se metió la iglesia- cuándo no-. Los sermones eran para pedirle a la población que denunciara a los insurgentes, a los enemigos, a los que estaban contra España y por supuesto contra la Iglesia. Que no importara que fueran familiares, que de cualquier modo los acusaran. Si no detenían ese movimiento todo iba a desaparecer: casas, escuelas, hospitales, iglesias y mercados; que todos iban a morir de hambre o bajo las balas de los traidores. Además todos los que no dijieran la verdad se iban a llenar de pecados y se condenarían para la eternidad en el infierno.

Me llegó la información a tiempo para poder huir de que habían detenido a mi arriero Don Mariano Salazar y éste, seguramente por tormento, tuvo que confesar todo lo mío. Pedí a mi tío permiso para ir a misa a la Profesa. Me dijo que fuera a otra iglesia. Muy católica yo le dije que no, que la mejor misa de México era en ese templo, que era cantada y oficiaban tres obispos. Cuánto tiempo vas a estar fuera, me preguntó. Sólo lo que dure la misa, ya sabes que es larga, contesté. Que te acompañe Heriberto, tú no puedes andar sola por las calles. Le dije que estaba bien, que también iría conmigo mi amiga Gertrudis Angulo y sus hijas Francisca y Mariana. Así me creyó más.

Me salí, más bien nos salimos Gertrudis, sus hijas y yo por otra puerta de la que entré en la iglesia mientras dejé a Heriberto cuidando el carro en que me llevó. Cuídalo bien pues por aquí roban, le exigí.

Tomamos un coche para trasladarnos a San Juanico donde ya me esperaba mi ama de llaves y mi cocinera que llevaban mi ropa y otras cosas

mías. Nos fuimos el mismo día a Huixquilucan. Ahí tuve que quedarme pues habían tropas del gobierno. Se me terminó el poco dinero, me enfermé y no tenía ni para comer. El once de marzo fui descubierta por enviados de mi tío, los señores Antonio del Río y Juan Raz. No hubo forma de escapar.

Estaba yo segura que me trasladarían a la casa de mi tío y que éste me iba a encerrar en un cuarto a piedra y lodo. Me equivoqué totalmente. A donde me llevaron fue , ahora sí, a una cárcel de verdad. La del Colegio de Belén.

Ya no era la niña mimada que todo le daban, que tenía servidumbre para lo que se le ofreciera, que podía cambiar de ropa todos los días, que comía manjares. Ahora era una presa que tenía que dormir en una cama de piedra, que no contaba con ropa para cambiarse, que le aventaban la comida infame, que era interrogada mañana, tarde y noche para que delatara a todos. No me golpearon físicamente, lo tengo que reconocer, pero sí me atormentaron con amenazas, con incomodidades, con falta de dormir. Si la comida era mala el agua que tenía que beber era asquerosa: café, de mal olor. Además las chinches. Miles de ellas. Me daban un asco profundo además que no me dejaban dormir con sus piquetes.

Era yo muy dada a decir que me iba a morir de esto o de lo otro, que me moriría si Octaviano no regresaba, si Andrés no me escribía, si hacía mucho frío o calor. Me muero de calor, me muero de aburrimiento. Para todo me moría. Pero ahora sí era en serio. En la cárcel de Belén me iba a morir de verdad. Llegué enferma a mi celda, comía muy poco, dormía menos, las chinches bebían la poca sangre que me quedaba. Bajé no sé cuantos kilos. Por primera, y única vez, me vi delgada. Todo me dolía pero me dolía más mi alma pues desde ese lugar ya no podía ayudar a nadie ni tener contacto con los de afuera. Me llené de dolores además de granos. Me puse horrible.

¿Conocen ustedes los cuervos, esos pájaros negros? Así eran mis dos custodias: Manuela y María Ignacia Salvatierra. Si no estaban las dos sobre mí al menos estaba una que vigilaba todo lo que hacía. Ni siquiera tenía la libertad de ir sola al retrete. Iba una conmigo. A ese sitio tenía yo que ir muchas veces al día a pesar de que lo odiaba por su peste, por su suciedad. Al tercer día de ingresada ya tenía yo vómito y deposiciones. Y así seguí días y días sin recibir tratamiento alguno. Bien dicen que hierba mala no muere y yo pude aguantar todo eso.

El convento donde estaba mi celda se conocía también por Convento de Belén de las Mochas. Mochas no porque les faltara una parte sino, creo yo, por mis custodias. Eran mochas a morir, todo el día con el rosario rece y rece mientras no dejaban de mirarme.

Un golpe que me dolió hasta el alma, no físico pues repito nunca me golpearon, fue el enterarme que en un juicio que se me hizo, al que por supuesto no me invitaron a asistir, me declararon culpable y como castigo, además de la cárcel era perder todas mis propiedades. Fueron confiscadas, me dijeron. Esa vez si me puse a llorar amargamente. Sin dinero cómo ayudar al movimiento.

Mi tío jamás me visitó en la cárcel, de seguro no quería saber nada de mí, y la verdad, yo tampoco quería saber de él. Su odio lo concentró en perseguir a Quintana Roo. Así me castigaría en lo que más me importaba.

Una presa, cuyo nombre no supe nunca, insistió en entrar al retrete mientras yo lo ocupaba. Qué impertinencia, me dije, pero qué podía hacer. Entró, se sentó junto a mí, me dio un papelito que no vio la cuervo y salió. El papel decía que me preparara, que me iban a libertar. Me pregunté por supuesto que quiénes y que cuándo. ¿De dónde iba yo a obtener la respuesta? Sólo del tiempo.

Una mañana, el veintidós de abril, hubo gran movimiento dentro del convento. Yo había asistido por fuerza y por gusto a misa, me disponía a

tomar mi agua con ligero sabor a café y mi pan duro, que era mi desayuno. Por los barrotes vi a soldados realistas, eran seis. Mi susto fue mayúsculo. Vienen por mí para llevarme no sé dónde. Ya me sentía hasta fusilada en la barda de algún templo. Corrí a esconderme bajo la cama de piedra. De ahí fui sacada, no a fuerza como esperaba cuando abrieron la puerta, sino amablemente. Venimos a salvarte, me dijeron.

De ahí en adelante todo fue rápido y sin saber yo que hacer más que obedecer. Me pintaron de negra, me pusieron ropa de gente del pueblo, me subieron a un asno y así me sacaron a la calle. Yo me dejaba hacer. Y a caminar sobre la bestia. Al rato me dolía todo, en especial dónde ustedes piensan. Es que no es fácil montar en burro sin saber y sobre todo sin silla. En camino los falsos soldados reales me informaron que traían consigo una pequeña imprenta para que yo siguiera mandando datos a los insurgentes. No me dijeron dónde me llevaban.

El destino final de este viaje fue el estado de Oaxaca. Imagínense cómo llegué ahí, toda molida, toda llagada, toda sucia, toda feliz de estar otra vez con los míos.

De seguro ustedes han leído al Pensador Mexicano, Don Joaquín Fernández de Lizardi, el autor del Periquillo Sarniento y de un juego teatral navideño. Pues él escribió sobre mí alabando mi labor y mi entereza. Se imaginan. En Oaxaca ya era yo famosa. Y no solamente ahí sino en casi toda la República. ¿Me pueden imaginar a mí como una celebridad? Era para morirse de risa y de lo que me morí es de vergüenza. Ya ven que sigo muriéndome de todo.

En Oaxaca tuve muchas dichas pero fueron dos las más importantes. La primera volver a ver a mi amado Andrés y la segunda conocer y trabajar con un personaje fuera de serie que no era ni más ni menos que el General José María Morelos y Pavón. Él sí era una celebridad y no yo. Temblando

le di la mano el día en que lo conocí. La saludo Leona con mucho afecto, me dijo. Y yo casi me desmayo.

Con Andrés me presenté con mucho miedo, miedo a que me rechazara al verme como estaba físicamente. Éste me va a mandar al diablo, pensaba yo. Ya no era la muchacha bonita y regordeta que conoció, ahora era una mujer con el rostro curtido por el sol, delgada por la enfermedad y el hambre, con el pelo hecho un estropajo. Espantosa, en resumen. Pero él me trató como si fuera la mujer más bella del mundo. Y así me hizo sentir. Casi me derrito en sus brazos. Él estaba también más quemado por el sol pero más recio, más macho, más como me gustan los hombres a mí.

No había tiempo para apapachos y no es que no nos los diéramos, pero fueron pocos. La guerra de la independencia estaba en plena acción. Habían combates en varios lugares de la República donde vencían o bien los insurgentes o los del gobierno. Los muertos ya se contaban por cientos por no decir miles.

Me puse a trabajar de inmediato olvidando mis úlceras, mis dolores. Mandé cartas a los combatientes pero también a sus esposas para informarles de ellos. Escribí artículos para la publicación de Quintana Roo “El Ilustrador Americano”. Visitaba enfermos, daba clases a niños. Peleaba con abogados para que se me regresara mi patrimonio. Formamos un grupo, Los Guadalupe, todos colaboradores nuestros y de la Independencia.

Acompañé al General Morelos en algunos de los combates, yo colocada algo lejos de ellos y no por ello menos emocionada. Morelos no sólo sabía mandar sino que tomaba parte en las batallas siendo el primero en dar la cara al enemigo. A Miguel Hidalgo no lo conocí pero no creo que tuviera la prestancia y la fuerza de este otro cura. Con ellos me entró un fuerte dilema: el de la religión. Los dos eran sacerdotes, los dos luchaban y

mataban, los dos tenían mujeres e hijos. A los dos los admiraba mucho. En cambio otros sacerdotes se dedicaban a llenarnos de miedos, a volvernos inútiles y sobre todo querían que aprendiéramos de ellos lo servil para con los españoles y los que tenían mando. Todos ricos. ¿Por cuál grupo decidirme? Los segundos eran mayoría y eran los que había tratado toda mi vida. Me quedé con los primeros, con los que luchaban por el pueblo, a los otros llegué a odiarlos. ¡Qué Dios me perdone!

En esa época aprendí que la correspondencia no era segura, que podía ser interceptada. Por eso bauticé con nombres de personajes literarios a todos los independentistas: a Morelos, a Hidalgo, a Allende y a todos los demás. Eso fue divertido.

Hace muy poco me enteré que no sólo era famosa por lo que escribió de mí Fernández de Lizardi sino que también me consideran la primera mujer periodista de México. ¡Qué honor! Yo hacía lo que podía.

Una de las cosas que se le olvidó a Andrés era que me había pedido una vez en matrimonio. No lo volvió a hacer. Yo de cuando en cuando se lo insinuaba pero él o no se daba cuenta o se hacía. El caso que pasaron tres años desde que nos volvimos a reunir en Oaxaca para que se decidiera. Tardadito el hombre. Yo le iba a decir que no para ver qué cara ponía, pero que tal que le daba gusto, entonces le dije que sí, que cómo no, que para eso estaba yo, para servirle. Por supuesto baje los párpados y me puse toda colorada como debe hacer una señorita que se respete. Haste, me dijo él. Los dos reímos mucho. Los dos estábamos felices.

El matrimonio se llevó a cabo en mil ochocientos diez y seis. La guerra de la independencia ya llevaba seis años y no tenía para cuando.

La boda fue en Chilapa y no en la catedral de México como ya había soñado. Nada de traje blanco ni flores del mismo color. Nada de damas de honor o madrina le lazo. En cambio hubo cohetes, música del pueblo, niños, esos sí vestidos de blanco; indígenas en lugar de las damas y sobre

todo hubo amor y felicidad de los dos. Ya era yo la señora Quintana Roo, nombre que jamás usé. Yo seguí siendo Leona Vicario. Así nací y así quiero morir. Una leona que vivió años y años en la jaula de la sociedad, de la iglesia, de la familia, de las costumbres. Este día rompí los barrotes. Ya era libre.

La libertad cuesta y cuesta mucho. Para ser libre el pueblo de México luchaba y moría. Andrés y yo para lo mismo tuvimos que dejar las ciudades para ir a luchar a los montes, a los valles. Dormimos en cuevas y al aire libre. Varias veces estuvimos cerca de morir por balas o por ataques directos. Me volví una guerrillera hecha y derecha. Aprendí a manejar todo tipo de armas, a montar bien caballos, a cavar trincheras. Ya embarazada llegamos a la sierra del Estado de México llamada Tlatlaya. Ahí, el tres de enero de 1817, en una cueva, tuve a mi primera hija, a la que le puse de nombre Genoveva. Su padrino fue Don Ignacio López Rayón.

No puedes ir de un lado a otro con la criatura, me dijo Andrés. Yo seguiré luchando, ustedes se quedan en algún sitio. Me rehusé. Nos casamos para estar juntos, para luchar juntos, para en su caso morir juntos, le dije. Así es, contestó, pero ahora ya no eres sólo tú. Y con mi hija no he hecho ningún trato. Quiero que viva y viva con sus necesidades básicas resueltas.

Le rogué, le exigí, lo traté de convencer de llevarnos con él. Nada. El hizo una petición por escrito solicitando un indulto y me la dio para el caso de que fuera yo hecha prisionera. Me besó, besó a la niña y se fue. Nunca me había sentido yo tan sola, tan abandonada. Lo odié al mismo tiempo que le daba la razón. Tener hijos es una responsabilidad. Y esa la tenía yo que cumplir.

Un año después, Vicente Vargas, al mando de veinte soldados de las fuerzas reales me encontró en un refugio del pueblo de Tlaocuzpa. Nos llevó, a mi hija y a mí, a Temascaltepec. Ahí permanecimos hasta que llegó

el indulto. La orden era que tenía que salir del país, irme a vivir a España. No había forma de pelear contra esto.

Imagíenme a mí en España donde viven los actuales enemigos míos, a los que trataba de derrotar. No lo iba a soportar. Pensé en fingirme enferma para no salir del país y en mil cosas más que no funcionaban. Las órdenes no se discuten, me dijeron los militares.

Ese mismo mes de marzo fui trasladada a la ciudad de Toluca. Los acontecimientos políticos y la guerra que se libraba en todo el país permitieron que nos olvidaran. Andrés vino a vivir conmigo a esa ciudad que era nuestra cárcel. Una más. Ahí permanecemos hasta la proclamación del Plan de Iguala.

Clandestinamente seguimos apoyando a los nuestros, yo escribiendo, él dando clases, escribiendo poesía y teniendo contactos con los insurgentes.

Nos trasladamos a la Ciudad de México a la llegada del Ejército Trigarante comandado por Iturbide. Poco antes tuve en Toluca a mi segunda hija, María Dolores.

Mi marido tuvo un papel muy importante ya en el México Independiente, fue Secretario de Estado, Diputado al Congreso de la Unión, Delegado en distintas misiones de paz además de seguir escribiendo en los periódicos y en libros. Eso fue hasta que no estuvo de acuerdo con Iturbide y nuevamente a luchar.

Yo mientras tanto logré que me devolvieran mis propiedades y parte de mi dinero. Nuevamente tuve con qué ayudar a los que necesitaban. Nos fuimos a vivir a mi casa en el Centro de la Ciudad, a una cuadra del Edificio de la Inquisición y a cuatro del Zócalo.

En estos años mataron a muchos de los héroes que tanto yo admiraba: Hidalgo y Morelos los principales. Pero quedaba vivo Vicente Guerrero. Cuando el gobierno de Bustamante lo manda fusilar nuestra indignación,

de Andrés y mía, llegó a su punto más alto. Nuevo divorcio con los dirigentes del país. Quintana Roo lo atacó en los periódicos y en represalia lo mandaron tomar preso nuevamente. Tuve que ir personalmente a pedir garantías. Andrés salió libre.

Por platicar tantas cosas no les he contado del máximo coraje que hice durante todos estos años. El señor Lucas Alamán, vendido al presidente Bustamante, escribió de mí diciendo que si había hecho lo que había hecho no era para defender al pueblo, para luchar por la independencia. No, lo había hecho por amor, por amor a mi marido y sólo por eso. Que no me creyeran una heroína pues no lo era. Por amor las mujeres hacen cualquier cosa, buena o mala. Eso hizo Leona Vicaro, afirmó.

Por supuesto que le contesté. Les voy a leer un párrafo de mi respuesta que fue muy conocida por haber sido publicada en “El Federalista”.

(Saca de alguna bolsa el papel, lo distiende, lee con mucho énfasis.)

“ Quiero desmentir la impostura de que mi patriotismo tuvo por origen el amor, [...] que abandoné mi casa por seguir a un amante cuando todo México supo que mi fuga fue de una prisión, y que ésta no la originó el amor, sino el haberme apresado a un correo que mandaba yo a los antiguos patriotas [...]

Confiese Ud., Sr. Alamán que no sólo el amor es el móvil de las acciones de las mujeres: que ellas son capaces de todos los entusiasmos, y que los deseos de la gloria y de la libertad de la patria no les son unos sentimientos extraños; antes bien, suele obrar en ellas con más vigor, como que siempre los sacrificios de las mujeres son más desinteresados. Fui la única mexicana acomodada que tomó una parte activa en la emancipación de la patria. Me persuado de que así serán todas las mujeres, exceptuando a las muy estúpidas, y a las que por efecto de su educación hayan contraído el

hábito servil. De ambas clases hay también muchos hombres.”

Me faltó añadir que él era uno de esa clase. ¡Imbécil! ¿Soy fuerte esto de imbécil? Una de las cosas que nunca aprendí y nunca pude fue decir leperadas. Ya decir idiota o tonto a alguien se me hacía algo tremendo. Decir imbécil como le digo a Alamán es ya una montaña para mí. Sé que hay otras groserías que le irían bien pero ni me las sé y si las conozco nunca las voy a decir.

El resto de mi vida ustedes lo conocen como cuando volví a pelear durante la guerra de los pasteles y todo lo demás. Si no es así les pido que lean algunos libros que se han escrito. Ya estoy agotada y lo que quiero es ir a descansar un poco. Ya no soy joven. Ya tengo más de cincuenta años. Soy una anciana.

Quiero que me recuerden como la Leona que soy, una leona que supo salir de la jaula. “ Me llamo Leona y quiero vivir libre como una fiera” Libre y defendiendo con mis garras a mis hijos, a mi pueblo, a la libertad y a la Independencia.

¡Viva México señores, Viva la Independencia, Vivan sus héroes!

Se escucha un fuerte repicar de campanas mientras se va cerrando lentamente el telón.

Tomás Urtusástegui

Julio 2009

Resumen: Monólogo donde Leona Vicario platica su lucha a favor de la Independencia de México, su entrega, sus sufrimientos en la cárcel y por fin el triunfo.